

Los dos tiempos de la crítica

por Jorge Panesi

(Universidad Nacional de La Plata – Universidad Nacional de Buenos Aires)

El jueves 7 de abril de 2005 se llevó a cabo la presentación pública del décimo número de Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria. El encuentro tuvo lugar en el Centro Cultural de España en Buenos Aires, y tras unas palabras iniciales de Susana Zanetti, directora de la revista, Jorge Panesi leyó la conferencia que transcribimos a continuación.

Two moments of criticism. On Thursday 7th April, 2005 took place the presentation of the tenth Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria. The event was at Centro Cultural de España, in Buenos Aires. After the opening words of Susana Zanetti (editor), Jorge Panesi read the following lecture.

Después de algunas vacilaciones, inconfesada e intrépidamente irresponsable (con la irresponsabilidad que produce el afecto necesario a todo presentador por aquello que presenta), mandé a mi amigo, el siempre responsable y previsor Miguel Dalmaroni, este título, “Los dos tiempos”. Lo mandé, con apenas un barrunto de lo que esta frase de sospechosa simetría, quería decir, sabor resignado de que las cosas en la crítica literaria siempre comienzan así: en el afecto y la pasión, que poco pueden nombrar más allá de su círculo imantado de subjetividad, y en la nebulosa de alguna certeza innombrable que deseamos nos sea revelada como destello de un trabajo. Pensaba en la crítica literaria llamada “académica”, la que tanto trabajo se toma en disimular sus pasiones, salvo la del trabajo mismo, pero fiel también a mis propios deslumbramientos intelectuales, pensaba en alguien recientemente muerto, en Jacques Derrida, y en sus especulaciones sobre el tiempo, sobre los tiempos (el tiempo es siempre más que uno), como si fuesen líneas de encuentro o desencuentro, o superficies poliédricas que refractan la luz en varias direcciones.

¿Qué quería encerrar o cifrar en la frase “los dos tiempos”? ¿Y por qué la presentación del último número de una revista académica despertaba la certeza de que la crítica literaria estaba unida a esos “dos tiempos”? ¿Dos tiempos? ¿Y por qué no tres o diez o múltiples tiempos? ¿Y por qué no el final del tiempo? El final o la muerte de aquello que hemos venido llamando hasta aquí “crítica literaria”. Como si el tiempo para la crítica literaria, a partir de cierto momento (pongamos arbitrariamente la década del sesenta, pongamos aquello conocido como “postestructuralismo”) se hubiera acelerado hacia un final o hacia una transmutación tan radical que ni siquiera se reconocería en su nombre mismo, que no podría, aunque quisiese, sentirse cómoda en la carcaza de un nombre llevado, después de todo, desde hace muy poco tiempo. La muerte o la disolución de la crítica literaria hacia otros campos, hacia otros nombres. Lo que sería, por cierto, un apocalíptico vendaval que rodearía, insidioso, la presentación de una revista académica, que es predominantemente un ejemplo de crítica literaria.

Pero había en el núcleo de ese título irresponsable la certeza de un lugar común. Los “dos tiempos” corresponderían a dos instituciones (las instituciones son modos de regular el tiempo) que han tironeado a la crítica literaria a lo largo de su corta historia: el origen periodístico de la crítica, más o menos como nos lo cuenta Habermas, marcando ese comienzo con una impronta iluminista, racional y burguesa, y el posterior acogimiento de la crítica y la literatura en los claustros de la universidad, vale decir, la irrupción del tiempo contemporáneo en los cuidados filológicos del clasicismo. Tironeo institucional constitutivo que supone, de entrada, la discordia de dos tiempos, o de dos ritmos del tiempo: el de la hora, el minuto, lo recién venido o lo recién salido de la imprenta (la crítica literaria como uno de los sectores más provisorios y dinámicos de la cultura), y el estirado tiempo de lo que se asienta, se acumula, se decanta, se paladea con una perspectiva que anula en lo mortuario de las bibliotecas el pasar del tiempo. Es el tironeo entre el juicio pasional que se olvida a sí mismo al pasar del tiempo para enredarse en otra discusión más nueva, más provisoria, y el no menos provisorio juicio de la

eternidad al que inconfesadamente tiende la razón académica. Morosidad en la búsqueda de la certeza e instantánea aprensión de una evidencia.

¿Pero este lugar común es verdadero? Quiero decir: ¿es verdadero hoy? ¿Lo fue alguna vez? ¿El modo académico de leer (la jerga técnica, la morosidad, el inconfundible *empaque* profesoral que previene y repugna a los editores de suplementos culturales) es el enemigo declarado de la frivolidad informativa? ¿O hay (y siempre hubo) una complicidad entre los dos tiempos y los dos lenguajes de la crítica, como un desearse mutuo y de reojo, que no está satisfecho si pierde de vista al odiado otro complementario? No es cuestión de sujetos, que hoy, y desde hace mucho tiempo, no se forman al calor bohemio de las redacciones, sino en las aulas universitarias (tanto los “literatos” como los expertos en comunicación, más enterados de las leyes informativas a las que sirven). Se trata de dos instituciones que juegan partidas en tiempos y velocidades disímiles, pero secretamente armónicas. Sería, me parece, fácil mostrar para determinadas épocas esta armonía ideológica entre la universidad de las letras y el periodismo cultural o literario (pongamos por caso la Facultad de Filosofía de Buenos Aires y el diario *La Nación*, o en otros momentos la misma Facultad y *Clarín*, o entre esos mismos periódicos y la Carrera de Comunicación). En los dos casos, en las dos instituciones, con tiempos y lenguajes diferentes, se intercambian las mismas certezas o los mismos interrogantes, sólo que en el discurso mediático, el crítico literario —el profesor universitario— es llamado como *experto*. Lo que quiere decir que en alguna medida debe *traducir* su lengua al lenguaje del medio. La literatura, más que un territorio común de intercambios, es un objeto recóndito que exige el pasaje a la lengua estándar, a la predominante *doxa* de los medios. La ansiedad universitaria por participar de este juego sería la nostalgia por un momento del pasado en la que la crítica habría hablado con un lenguaje inteligible acerca de un objeto al alcance de todos.

Pero si la crítica literaria, pieza clave de la modernidad, se propuso la producción de lo nuevo, de lo novedoso como una obligación de su estar en el mundo, habrá que convenir que hoy la novedad no se encuentra allí, donde la esperaríamos, en el territorio periodístico, o en las revistas de la periferia universitaria, sino en el discurso universitario mismo. Por definición, el discurso periodístico, por más que nos digan que construye el acontecimiento del que habla, en materia de literatura es muy a menudo, y a pesar de sus reticencias para con la que llama “academia”, apenas un eco de lo que se produce tras las murallas universitarias. La cotidiana novedad del periodismo se gesta en otro lugar: en el mercado editorial del que forma parte, o en la academia.

No está exenta tampoco de paradojas la revista que nos ocupa hoy, *Orbis Tertius*, que parece inscribirse, a partir de su nombre, en la veneración del centro del canon argentino, Borges y su inevitable ley. Un lado de la paradoja es la historia de Borges mismo, o su pasaje por el Suplemento Multicolor de los Sábados del populachero diario *Crítica*, donde forja la necesaria infamia que contienen muchos de sus relatos, o ese otro pasaje por la crítica literaria en *El hogar*, sin alarma para sus lectores, o sin que su discurso provocase alarma, ni requiriera de ninguna traducción, de ninguna adaptación. En el mismo lado de la paradoja, estaría el deseo y el contento de Borges académico (miembro de la Academia Argentina de Letras) por pertenecer al discurso universitario, ya sea argentino o norteamericano, como me he encargado de mostrar alguna vez (Panesi: 2000). Del otro lado de la paradoja, está la revista *Orbis Tertius*, que a pesar de su impronta borgeana, nos muestra paso a paso un consecuente trabajo con la obra de Manuel Puig, obra que permite a la literatura argentina salir del “esquema Borges”, darlo vuelta como un guante, y marcar la huella de otra concepción de la literatura, salvo que también la atracción por la cultura popular, la transcripción estilizada de la oralidad y el temprano interés de Borges por el cine, lo constituyan en el apabullante precursor de Puig. Puig, que podría leerse como otra interesante derivación del tironeo discursivo que mueve la crítica literaria: de la lectura popular de sus primeras obras, del asedio periodístico por su carrera literaria, a cierto confinamiento académico —hiato de la dictadura mediante— que repara o trata de reparar esa indiferencia, ese tenue olvido, con la pasión de un interés que, dadas las reglas del juego, quizá lo distancie aún más.

En todo caso, la indiferencia fechada del periodismo cultural por Puig sería equivalente a la vigiladísima indiferencia, a las miradas de reojo contenidas que ese discurso echa sobre el

hacer de la vida académica. Así como la ansiedad y el desdén universitario por el periodismo encubren la añoranza por una zona perdida. Nudos del tironeo.

Una de las funciones intencionales o no intencionales de la crítica literaria siempre ha sido el desarreglo de las convenciones con las cuales se lee, la demolición de lo aceptado sin razones, y a la larga, y muy a pesar de su esforzada seriedad, la provocación de una incomodidad. La crítica es incómoda por naturaleza y tiende a producir incomodidad, a dejar a sus lectores en la maravilla intelectual de la perplejidad; ni siquiera los protocolos de la lectura académica pueden acallar este cuño borgeano implícito en cualquier crítica literaria que se precie de sus efectos. Lo que nos llevaría a los orígenes, o al malentendido de los orígenes, esto es, a lo que Susana Cella o Noé Jitrik en su Historia crítica de la literatura argentina llaman “La irrupción de la crítica”. Estamos de acuerdo con Susana Cella: la crítica universitaria a partir de *Contorno* inscribe la inflexión en la cual no podríamos dejar de reconocernos. Con alguna salvedad: en la coyuntura de *Contorno*, su discurso se formó en la periferia juvenil de la universidad, era contra-institucional; y me pregunto si ahora existe la posibilidad de intentar un discurso semejante, o si es deseable el intento. ¿Hay otro ámbito hoy para la crítica literaria que no sea la Universidad? ¿Hay otro lugar acaso para ejercer la incomodidad e incomodarse, para producir efectos contra-hegemónicos y contra institucionales que no sea el interior de la institución universitaria misma? La otra salvedad es quizá menor, y también tiene que ver con la incomodidad: el repudio de la literatura de Borges como “literato sin literatura” que compartieron Adolfo Prieto (autor del primer libro sobre y anti Borges), Noé Jitrik y David Viñas. Borges incomoda y siempre ha incomodado a la crítica argentina, no es una particularidad novedosa de *Contorno*; lo que es peculiar es la razón del rechazo, de la ostensible incomodidad. Según explica Prieto, esgrimiendo como teoría al sospechoso Ortega y Gasset, las razones son “generacionales”. Digamos en salvaguarda de este malentendido que rechazar una literatura no es caer en el error, o carecer de perspectiva: es anteponer, como siempre hacen los críticos, el combate al juicio asentado en la razón. La razón de la crítica con frecuencia sólo tiene la razón del combate, y el malentendido es una manera de comenzar la guerra. Podríamos preguntarnos si este combate típicamente universitario (Borges en 1957 comenzaba a transitar con alguna fuerza los senderos del canon oficial), deja entrever una razón suplementaria: su entrada a la Universidad como profesor de Literatura Inglesa y Norteamericana. Algo así como un pasaje confortable de Borges hacia el repudiado *establishment* académico.

La velocidad, el apuro, el ritmo que precipita hacia el futuro está en la base de este malentendido crítico que fundaría nuestro modo de leer, con lo cual el tiempo entrecruza las fronteras: no es la inconsistencia cotidiana del periodismo la que se precipita, apoltronada por entonces en el discurso oficial en que ha devenido Sur, sino el ala juvenil insatisfecha del discurso académico. No me parece un mal comienzo mítico, si es verdad que reconocemos a *Contorno* como nuestro precursor.

El futuro es lo que apura, lo que imprime velocidad: el juicio rápido –condena o salvación, interés supremo o desinterés magnánimo- puede ser atributo de una revista cultural deseosa de promover la discusión y acentuar las posiciones beligerantes dentro del campo –un abrir cancha impaciente para ocupar una posición-, pero en la crítica académica no puede menos que causarnos cierto escándalo. Quizá la lógica de la competencia, la avidez por la jerarquía y el reconocimiento no difieran demasiado en ambos discursos, salvo en los tiempos. La crítica literaria académica se toma su tiempo, es morosa con los tiempos: el peligro que corre consiste en que la historia suele pasarle por encima.

Si la apuran, responde con lo que sabe. Y lo que sabe lo ha pasado por filtros y pruebas, por tribunales y discusiones protocolares, ha puesto a prueba su saber. En esto hay una ventaja: no es una condena ni un demérito el estar ocupada tantálicamente en reexaminar y volver a considerar los problemas y perspectivas con los que antaño se ha enredado. A lo largo de una vida académica, no menos que en las disputas culturales de las más ágiles revistas literarias, un crítico habrá cambiado de posición varias veces. Habrá sido, por ejemplo, sociológico, marxista, estructuralista, postestructuralista, deconstruccionista, teórico avezado de la posmodernidad...

¿Cómo solucionar este dilema del tiempo, del ritmo, de la velocidad, cómo adecuarse al tiempo? Se me ocurre que si el tiempo académico es cansino y corre el peligro de repetirse en su

asentamiento tranquilizador, o en sus verdades de difícil remoción, necesita de otro tiempo más ágil, de un contacto más estrecho con lo que se imagina son otros campos culturales, más vastos, más abiertos, o sencillamente otros, porque no le alcanza con volver a sopesar y reexaminar indefinidamente lo que sabe. Necesita el aire de un campo abierto, o en todo caso, plantear lo mismo que discute en los claustros, sin el aparato de las pruebas y los filtros. Es lo que explicaría la existencia de revistas culturales para-universitarias, notablemente *Punto de vista* o *El ojo mocho*, para exhibir dos ejemplos contradictorios en su forma, su manera crítica, y en sus posiciones. No se trata de un público diferente, o de un público demasiado diferente, ni tampoco de cuestiones diferentes; se trata de un deseo de participación, de intervención más o menos ilusoria, y sobre todo, de un deseo de libertad. No porque la universidad se la niegue, sino porque la crítica ha nacido y se ha mantenido así, con un rotundo deseo de participación en la cosa pública que la universidad restringe o lleva a la auto-constricción. Y si *Punto de vista* inaugura un sitio en Internet (*Bazar americano*) no será para cambiar de cuestiones o de discusiones, sino para darse una libertad acorde con los tiempos de la aceleración generalizada, para ser más pública, si cabe, que la publicidad restringida del formato impreso. Lo mismo ocurriría con aquellos críticos académicos (créanme: los hay) que, bordeando la impudicia, practican esa forma del diario íntimo y privado, también en Internet, que llamamos *Weblogs*. Paroxismo del periódico, de la información hipertextual y de la pública intimidad, estas páginas ensayan libremente la exhibición y la libertad de exhibirse, de contradecirse, y contradecir para que las contradigan al pasar, casi sin responsabilidad, sin filtros y sin pruebas. Si el cansancio no los desanima, estos críticos habrán alcanzado el vértigo de la publicidad total, de la pública transparencia. Todo un ideal crítico. Una vertiginosidad de la que la academia carece, pero que en la red parece anularse a sí misma.

Sin renunciar a su ritmo interior, a sus lentos protocolos, la crítica literaria académica (¿pero hay otra?) se muestra ansiosa, como si los coloquios globales a los que asiste en todas sus ramas (lo que justificaría un capítulo nuevo en la historia literaria de Viñas: *el viaje académico*) no pudieran contentarla. Está ávida de tiempo, del *otro* tiempo. Y la ansiedad no le viene por causas externas, por ninguna globalización ni tecnificación que pudiera alterar la imagen que tiene de sí misma. La crítica literaria es proteica y por más que se dedique al examen y la conservación del pasado se sujeta al presente, lanzando de soslayo y con cierto temor una mirada hacia el futuro, hacia su propio futuro. La crítica literaria es contemporánea de una amenaza: la de su autodisolución.

Dos ejemplos: uno algo remoto ya, y otro de ayer nomás.

El primero: La revista *Diacritics* organizó en 1984 un coloquio sobre “Nuclear Criticism”, vale decir, sobre la posibilidad de la crítica en una época amenazada por un conflicto nuclear que siempre pende como una inminencia cierta de la política internacional, y que dado ese contexto apocalíptico, puede leerse como un coloquio sobre el futuro de la crítica, un futuro cerrado, como es el de la aniquilación total. En este coloquio ha intervenido Jacques Derrida, con un texto que llamó “No apocalypse, not now (a toda velocidad, siete misiles, siete misivas)”. Para Derrida, esta amenaza cierta pero inconcebible, de la que sólo puede hablarse y fabular (puesto que de ocurrir sería el fin de las hablas y de las fábulas) es, en tanto fábula, equiparable a una invención literaria. Sin referente exterior, la literatura, que inventa su propio referente, depende de su archivo para existir, y de perderlo, difícilmente podría reconstituirse. En este sentido, para Derrida la corta historia de la literatura (como institución moderna surge en el siglo XVIII) es contemporánea y coextensiva de la era nuclear. La era nuclear es la era de la literatura: ambas se pertenecen. La autodestructividad de la literatura corresponde a la de su época. En palabras de Derrida:

La literatura nace y no puede vivir más que su propia precariedad, su amenaza de muerte y su finitud esencial. El movimiento de su inscripción constituye la posibilidad misma de su propio borrarse. (Derrida 1989: 81).

Y respecto de la crítica literaria:

La literatura y la crítica literaria no pueden, finalmente hablar de otra cosa [de la destrucción sin resto y a-simbólica de la literatura]. (Derrida 1989: 83).

Esta posibilidad de autodisolución de la literatura y de la crítica literaria, como problemática borgeana [“un arte que saber profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido (...) y enamorarse de la propia disolución y cortejar su fin”(Borges 1957: 50)], fue también abordada por Foucault (1996) en *Lenguaje y literatura: la posibilidad de la literatura moderna de negarse a sí misma, esgrimiendo un gesto de negatividad radical*. Lo mismo vale para la crítica literaria. La pregunta entonces sería: ¿en el hoy y en el futuro por el que la crítica literaria está ansiosa, no será este intrínseco carácter proteico el que la lleva a la autoaniquilación, o por lo menos, a una mutación tal que la altere radicalmente? Y en esto hay que reconocer que el tiempo académico es más vertiginoso que el de los periódicos, respetuosos, al menos, de los objetos consabidos de la crítica. Desde luego, no estoy pensando en el contexto argentino, sino en el norteamericano, donde lo que podríamos llamar “la mutación del objeto crítico” ha pasado por vaivenes dignos del valor de cambio propio de los mercados académicos. Tampoco pienso en esa mutación mayor de la crítica, el viraje hacia un tipo de estudios multifacéticos y eclécticos, los “Estudios culturales”, en los que las obras tradicionalmente llamadas “literarias” no sólo quedan privadas de la pretensión de privilegio que poseían en la estética de la modernidad, sino que pierden sus contornos reconocibles. No pienso en ellos como causantes de angustia por una identidad a punto de perderse, porque la crítica latinoamericana siempre se pensó a sí misma, de una u otra manera, como crítica cultural.

Segundo ejemplo: En el año 2004, veinte años después del coloquio celebrado en Cornell sobre “Nuclear criticism”, otra revista académica norteamericana, *Critical Inquiry*, promueve una reunión para pasar revista a su propia trayectoria y sondear cuál serán los programas críticos del futuro. Desde luego, lo que ronda en estas páginas es la extraña y a la vez reconocida silueta de un fantasma, el fantasma de las mutaciones teóricas, metódicas e institucionales de la crítica literaria, como si pertenecieran a un pasado remoto (*Critical Inquiry* N° 30 Winter 2004). No sin una mirada de angustia por lo que parece ser el tema dominante allí, y como lo fue en el coloquio de *Diacritics: el futuro de la crítica*. Pero estas páginas también muestran en aquellos que se empeñan en seguir estudiando literatura a la manera tradicional una angustia por el *qué será* de la crítica, visto apocalípticamente como una desaparición irreversible (es el caso de J. Hillis Miller que a duras penas puede reponerse de su nostalgia [2004: 414-420]). Leyendo estas contribuciones elegíacas se tiene la impresión de estar asistiendo a un responso celebrado por la muerte de la literatura.

¿Cuál debe ser el *programa* futuro de la crítica ante esa desaparición? De entre todas las respuestas (escriben aquí Teresa de Lauretis [2004: 365-368] y Stanley Fish [2004: 374-378], entre otros), tomaré la contribución de Fredric Jameson, que no parece lamentarse por la decretada muerte de ese objeto tradicional llamado “literatura”. Su tiempo no es elegíaco ni nostálgico como el de otras intervenciones, sino más bien eufórico y predictivo, como si ya se hubiese embarcado en la velocidad que promueve la mutación de la crítica y la definitiva muerte de la literatura.

La crítica literaria –dice Jameson- también está gravemente enferma:

De tanto en tanto se considera que la crítica literaria ha muerto. Si es así, se puede deber a que, o bien tenemos ahora tantos métodos y técnicas diferentes como el objeto requiera, o bien porque se ha producido una total volatilización de la obra de arte concebida anticuadamente, o si se prefiere, por la muerte de la literatura misma (2004: 404-408 mi traducción).

Resulta curioso que la crítica literaria, pletórica de metodologías y recursos, muera por exceso de riquezas técnicas. En todo caso -supongo-, la volatilización de su objeto tradicional, ante semejante despliegue metodológico, le propondría dos caminos: el del repliegue, o el de la expansión. Como de lo que se trata aquí, en estas discusiones, es más la supervivencia del discurso académico mismo (no importan tanto las irreconocibles mutaciones de la crítica o la disolución del objeto), las propuestas de Jameson buscan mantener el privilegio teórico o la

posición privilegiada de este discurso que se dedicaría a indagar cómo se ha producido tal expansión o semejante muerte de la literatura:

Sostendré que la crítica literaria es o debería ser una especie de sintomatología teórica. Las formas literarias (y las formas culturales en general) son los síntomas más concretos que tenemos de lo que está en obra en esa cosa ausente llamada lo social (2004: 404-408 mi traducción).

Esta crítica sintomatológica de una muerte anunciada tiene un objeto que es ahora la mutación misma:

En la posmodernidad, nuestros objetos de estudio consisten menos en los textos individuales que en la estructura y la dinámica de un modo cultural específico como tal. [...] Ahora nuestro objeto de estudio es el proceso de producción cultural, y ya no más la obra de arte individual (2004: 404-408 mi traducción).

Si reproduzco estas discusiones y estas angustias por el futuro de la crítica, por el tiempo o los tiempos de la crítica, no es para contrastar dos ritmos en la producción de conocimiento, el “avanzado” y el “subdesarrollado”, ni para apartar, como en un conjuro, la amenaza de una disolución de la que nuestro “canon atrasado” (la expresión es de Jameson para la literatura latinoamericana [1986: 65-88]) nos mantendría convenientemente alejados. Lo hago para plantear un interrogante acerca de su pertinencia en el estado actual de la crítica literaria argentina. Un interrogante que ha sabido plantear muy bien mi amigo Miguel Dalmaroni en un trabajo aún inédito sobre las formas de construcción de los corpus de estudio, en el que se puede leer esta creciente angustia de importación por desterrar los corpus centrados en el autor y cambiarlo por problemáticas u objetos más vastos (Dalmaroni inédito). En todo caso, como parece creerlo Dalmaroni, la conservación de modos tradicionales de abordaje crítico tiene que ver no con un simple conservadurismo defensivo, sino con una estrategia de resistencia ante el ronroneo insistente que masculla ante nuestras puertas el discurso hegemónico producido en el mercado académico norteamericano.

El dilema en nuestro contexto sería cómo persistir en esa resistencia sin desechar lo nuevo, lo otro modificador que, más allá de las hojarascas exóticas y las discusiones apabulladas por el desconcierto, podrían tocarnos, decirnos algo sobre nosotros mismos y el futuro de nuestra crítica.

Este sería, entonces, el contexto en el cual presentamos hoy el número 10 de la revista de crítica universitaria *Orbis Tertius*, cuya aparición no solamente tiene el carácter de una empecinada resistencia académica, con todos los trabajos de verdadero sacrificio que supone una aventura semejante en la Argentina de estos últimos años, sino la testarudez de una persistencia. La persistencia que corresponde a la razón de ser del tiempo académico: custodio y productor de sus propios archivos. Y casi todo un trajinar de la crítica argentina se ha archivado en *Orbis Tertius*, pues se puede leer en ella la historia de un *work in progress* de las tesis y contribuciones maduras que nos muestran la solidez y la vigencia de nuestro discurso. Porque la frase de Arlt, “la prepotencia del trabajo” se aplica aquí sin estridencias, de acuerdo con el tiempo desvelado y constante de la actividad académica. En este sentido, *Orbis Tertius* no nos tranquiliza frente al dilema que nos plantean las mutaciones y asechanzas que preocupan a la crítica actual, sino más bien nos ofrece una apertura a partir de su empecinamiento.

Pero me gustaría concluir con una imagen quizá muy idílica que me forjé mientras repasaba las firmas y recordaba tal o cual discusión viva reflejada en sus artículos: ¿Por qué no pensar a *Orbis Tertius* como una comunidad de amigos belicosos que a pesar de las discrepancias, están unidos virtual y secretamente por la creencia en un persistir? La persistencia de la literatura que es, en definitiva, esa charla superior mantenida por el empecinamiento de unos cuantos individuos al cobijo de unas pocas instituciones y a contrapelo de los tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, Jorge Luis (1957). "La supersticiosa ética del lector" (1930), *Discusión*, Buenos Aires, Emecé.
- DALMARONI, Miguel "Corpus crítico, corpus de autor, corpus histórico emergente. Aproximaciones argentinas a un malentendido de apariencia banal", inédito.
- DERRIDA, Jacques (1989). "No apocalypse, not now (a toda velocidad, siete misiles, siete misivas), en *¿Cómo no hablar? y otros textos*, Madrid, Anthropos.
- FISH, Stanley (2004). "Theory's Hope", en *Critical Inquiry* 30, pp. 374-378.
- FOUCAULT, Michel (1996). "Lenguaje y literatura", en *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós.
- HILLIS MILLER, J. (2004). "Moving Critical Inquiry On", en *Critical Inquiry* 30, pp. 414-420.
- JAMESON, Fredric (1986). "Third-World Literatura in the Era of Multinacional Capitalism", en *Social Text* 15, Fall 1986, pp. 65-88.
- JAMESON, Fredric (2004). "Symptoms of Theory or Symptoms for Theory?", en *Critical Inquiry* 30, pp. 404-408. (Mi traducción).
- LAURETIS, Teresa de (2004). "Statement Due", *Critical Inquiry* 30, pp. 365-368
- PANESI, Jorge (2000). "Borges: destinos sudamericanos y destinos de la traducción", en William Rowe, Claudio Canaparo, Annick Louis (compiladores), Jorge Luis Borges. Intervenciones sobre pensamiento y literatura, Buenos Aires, Paidós.